



Punto de Fuga

Elena Pérez Barco

ARTE
JOVEN
2026



Punto de fuga

Elena Pérez Barco

La estructura narrativa es tremendamente original; el tema vuelve a ser una de las tónicas habituales de la juventud actual: personas sobrecualificadas sometidas a una presión laboral apabullante. A pesar de esto, la originalidad y corrección con la que está escrito ponen en valor a la autora.

Jurado del área de letras del Programa Arte Joven 2025

DAVID GALÁN (Valladolid, 1986)

Más conocido como Redry. Escritor, maestro de Educación Infantil. Ha publicado cinco libros: «Abrázame los monstruos», «Huir de mí», con el que fue galardonado con el Premio Espasa de Poesía, «No quiero otro invierno sin mí», «Amor revolución» y «Todos los vuelos que perdí por ti». Además, ha publicado un disco con sus textos acompañados de la música de Javier Morales, que se titula «Inviérname».

BORIS ROZAS (Buenos Aires, Argentina, 1972)

Autor de dieciséis poemarios hasta la fecha, entre ellos Ragtime, Invertebrados, Las mujeres que paseaban perros imaginarios, o Annie Hall ya no vive aquí. Es Premio León Felipe, Pilar Fernández Labrador, Francisco de Aldana, Hernán Esquío, Gonzalo Rojas, Nacional Coronio, Manuel Garrido Chamorro, Laguna de Duero, Dueñas, María Eloísa García Lorca, Villa de Ermua, Premio Umbral, La palabra de mi voz, Premio Sarmiento, etc. Reside en Valladolid, España. Rozas es poeta de paisajes urbanos y voces interiores, con banda sonora propia, amante del cine y de cualquier disciplina artística que acerque al hombre a la pura trascendencia. Un posmodernista en plena madurez literaria, con un estilema poético plenamente reconocible y al alcance de todos los públicos.

PAULA DE LA FUENTE (Medina del Campo, 1996)

Periodista y comunicadora vinculada a medios locales de Medina del Campo, con formación en Periodismo, máster en Investigación y doctorado en curso. Su trabajo se centra en la divulgación cultural, el patrimonio y la comunicación, destacando como presentadora, directora del programa de radio «Conéctate a la Onda con Paula de la Fuente» y colaboradora en proyectos documentales de memoria histórica y contenidos museísticos vinculados al Archivo Simón Ruiz, reconocido como Patrimonio Mundial documental por la UNESCO. Ha participado en la Semana de Cine de Medina del Campo y en 2026 recibió la distinción de Santiago el Real.

Programa de Arte Joven 2026

Edita: Consejería de Familia e Igualdad de Oportunidades (JCYL)

Diseño de portada: Pifa Montgomery

Ilustración de la portada: Pifa Montgomery

Imprime: Gráficas Salamanca, S.C.L.

Depósito Legal: VA 326-2026

A mis raíces. A mi familia, por ser el pilar constante detrás de cada uno de mis proyectos, sin importar lo lejos que queden de mi zona de confort. Gracias por apoyarme siempre a saltar, pero, sobre todo, por permitirme volar lejos en la imaginación sabiendo que siempre tengo un hogar al que volver.

Y, en especial, a mi madre, por ver en mí esa chispa creativa que yo a veces olvido, y por darme el empujón definitivo para empezar esta aventura. Esta novela es el resultado de tu insistencia.

A Félix, por nunca dudar de mí y por su fe ciega en este proyecto. Gracias por tener siempre más clara la victoria que yo misma y por enseñarme que las mejores historias se construyen con paciencia y amor.

A mis amigos, por celebrar este giro inesperado en mis proyectos con tanto entusiasmo.

Y a todos los que han hecho posible que estas páginas pasen del ordenador al papel, gracias.

Para quienes confunden estar en línea con estar presentes

PARTE 1: MEMORIA DESCRIPTIVA

Laura Martín González nace la madrugada del 14 de abril de 1998 a las 06:42 de la mañana en un hospital público de Salamanca. Fue un parto rápido, casi eficiente, que no dejó en los informes más rastro que una nota sobre su buen estado general. Desde sus primeros días, pareció traer consigo una predisposición natural al orden: era esa clase de niña tranquila que rara vez interrumpía el sueño de sus padres y que atravesaba los cambios de rutina con una docilidad asombrosa.

En los recuerdos familiares, Laura no era una fuente de conflicto, sino de alivio. Aprendió muy pronto a leer el entorno, a descifrar los silencios y a entender que el mundo funcionaba mejor cuando ella se mantenía dentro de los márgenes previstos. Descubrió, casi sin darse cuenta, que la ausencia de problemas era una forma de lenguaje y que cumplir con lo que se esperaba de ella era el camino más corto para obtener una sonrisa. Creció así, habitando el espacio exacto que le asignaban, sin saber que estaba empezando a construir su vida sobre la base de una disponibilidad silenciosa.

Actualizado: enero 2025

LAURA MARTÍN GONZÁLEZ

Arquitecta

Salamanca

EDUCACIÓN

2001 - Escolarización obligatoria.

Se integra sin dificultades. Buen rendimiento académico.

2009 - Educación Secundaria Obligatoria.

Primera matrícula de honor.

2014 - Bachillerato científico-tecnológico.

Nota media alta: 8,6.

2016 - Acceso a la universidad.

Admitida en primera opción.

FORMACIÓN UNIVERSITARIA

2016 - Grado en Arquitectura (UVA)

2020 - Confinamiento.

Docencia online. Vuelta a Salamanca.

2021 - Finaliza el grado.

Trabajo Fin de Grado con notable.

2022 - Máster habilitante.

Obtención del título profesional.

EXPERIENCIA PROFESIONAL

2020 - Prácticas no remuneradas.

Apoyo técnico en desarrollo de proyectos.

2021 - Colaboradora externa en estudio pequeño.

Primera vez que firma un plano que no siente completamente suyo.

2022 - Arquitecta junior en estudio de ámbito nacional.

Contrato estable a jornada completa. Posibilidad de crecimiento.

2023 - Renovación de contrato.

Incremento de responsabilidades técnicas.

2024 - Participación en licitación de gran envergadura. 2025 - Contrato estable.

Nómina regular.

Tiempo medio diario de uso del móvil: 5h y 17m.

Fotografías almacenadas: 3.742.

Conversaciones recordadas completas: - (El espacio queda en blanco.)

COMPETENCIAS

Modelado 3D y diseño estructural.

Gestión de proyectos bajo presión y capacidad de adaptación.

Disponibilidad permanente.

IDIOMAS

Inglés - Nivel alto (C1). Lenguaje técnico - Fluido.

Silencio incómodo en conversaciones - Nivel intermedio.

INTERESES

Arquitectura y eficiencia energética.

Productividad y optimización de proyectos.

REFERENCIAS

Disponibles bajo solicitud.

El documento es pulcro. Un documento en blanco y negro, visado y aprobado por las convenciones sociales: «*CV_LauraMartin_2025.pdf*». El archivo se guarda con un clic seco y la barra de carga desaparece, dejando en la pantalla un blanco nuclear que se refleja en sus pupilas.

Este es el esquema; la trayectoria de una línea que siempre asciende, sin desviaciones ni errores de cálculo. Es la historia de una niña que aprendió a colorear sin salirse de los márgenes y terminó diseñando márgenes para que otros vivieran en ellos. Durante veintisiete años, Laura ha construido su identidad bloque a bloque, utilizando el reconocimiento externo como cemento y la productividad como única estructura de carga válida.

Pero un edificio no es solo su sección técnica; es la respuesta de su armadura ante el paso de las horas. Debajo de la superficie del papel, en el margen que no ocupan los títulos ni los méritos, sucede la vida: un goteo constante de cafeína, notificaciones y segundos que se escapan por las juntas de la rutina. Fuera de la carpeta de archivos, en el mundo de las tres dimensiones y los despertadores que no perdonan, la teoría deja paso a la ejecución.

El sistema portante de Laura Martín González se pone a prueba cada mañana, mucho antes de que el sol logre proyectar la primera sombra sobre el pavimento de Salamanca. Es en la fricción del día a día donde se comprueba si un diseño es habitable o si, simplemente, se mantiene en pie por inercia.

Esa configuración ha sido validada por todas las normativas vigentes: rendimiento académico sostenido, inserción laboral exitosa, estabilidad contractual, red de contactos activa. No presenta desviaciones significativas respecto a la media de su generación cualificada en entorno urbano.

Se recomienda mantenimiento periódico. Actualización automática del perfil: activada.

Cada cierto tiempo, la plataforma le notifica que su red ha crecido. Que alguien ha cambiado de empleo, alguien ha recibido una promoción, o, alguien ha anunciado un compromiso. El sistema le

sugiere interactuar, felicitar, comentar. Mantener presencia. Laura atiende con precisión medida. «¡Enhorabuena!» «¡Qué interesante!» «Muy merecido». El algoritmo registra actividad. La visibilidad se mantiene.

Este rendimiento de red no es gratuito. Laura ha obtenido, sin proponérselo, certificaciones invisibles que no constan en su título de la UVA. Ha desarrollado una habilidad mecánica para responder correos desde la cama sin que el sueño altere su tono profesional; una gestión eficiente de notificaciones múltiples que su cerebro procesa como si fueran simples capas de un plano. Su sistema ha normalizado la interrupción constante, adaptándose a un entorno híbrido donde lo físico, lo digital y lo emocional se solapan hasta volverse indistinguibles.

Ha aprendido, en definitiva, a dividir la atención en fragmentos operativos. Mientras escucha en una reunión, responde un mensaje. Mientras contesta un mensaje, revisa un alzado de vistas. Mientras revisa la sección, piensa en la compra que tiene que hacer después. La multitarea no es un talento, es su estado por defecto. No considera esto dispersión. Lo llama optimización.

Bajo esa lógica, al revisar su historial de actividad reciente, la gráfica es irreproachable en lo profesional: una actualización de estado hace dos días y una publicación con impacto hace tres semanas. Sin embargo, el registro se quiebra al buscar conexiones personales. En el apartado de llamadas no programadas a familiares directos, el sistema no encuentra datos suficientes. Es una zona ciega en su servidor, un espacio en blanco que ella decide no auditar todavía.

Quizá por eso hay un momento concreto –no registrado– en el que empieza a notar que el cansancio no desaparece con el descanso. Es un cansancio distinto. No físico. No exactamente mental. Es más bien una ligera sensación de desplazamiento, como si estuviera siempre medio segundo por detrás de su propia vida.

Pero el currículum no contempla sensaciones. Contempla resultados. Y los resultados son correctos: entrega puntual, *feedback* positivo, evolución estable.

En su panel de competencias, Laura valora su gestión emocional como estrictamente «funcional». Ha consolidado una capacidad envidiable para posponer conversaciones incómodas, tratándolas como archivos pesados que ralentizan el sistema. Sabe que su resistencia al silencio es un parámetro mejorable, una frecuencia que todavía le genera interferencias, pero prefiere centrarse en la gestión del tiempo, donde su dominio es, por ahora, avanzado.

Ese dominio se traduce en una estética del orden. Cuando abre el gestor de tareas, observa la semana estructurada en bloques de colores: azul para reuniones, verde para entregas, gris para recordatorios personales. El vacío de la cuadrícula es mínimo. El blanco le incomoda; le parece un error de diseño, una superficie improductiva que debe ser rellenada para que la estructura no parezca vacía.

Añade tareas pequeñas solo para rellenarlo: comprar detergente, responder a su madre, revisar presupuesto, organizar carpetas. La sensación de control aumenta cuando no queda hueco visible.

Esa misma obsesión por la continuidad se refleja al alejarse del cronograma diario. Al observar su trayectoria completa, Laura ve una trama sólida, una obra que ha avanzado según el cronograma previsto. Son veintisiete años sin interrupciones graves: cero años sabáticos, cero periodos de desconexión prolongada y ninguna decisión radical que haya comprometido la estabilidad del conjunto. Se siente orgullosa de esa línea recta, una trayectoria ascendente que no muestra, al menos a simple vista, ninguna fractura aparente.

Es una construcción impoluta. Por eso, algunas noches, antes de dormir, revisa su propio perfil profesional como si fuera el de otra persona. Lee su descripción: *arquitecta comprometida, orientada a resultados, apasionada por el diseño sostenible*. La redacción es correcta. Sintética. Convincente. Intenta recordar en qué momento empezó a describirse en tercera persona. Se pregunta en qué momento dejó de orientarse hacia el sol para orientarse, exclusivamente, hacia las métricas.

A pesar de la duda, sus indicadores de estabilidad confirman que el diseño de su vida es correcto. Los ingresos son regulares, el con-

trato es indefinido y su vivienda, un alquiler en una zona bien comunicada, es el nodo logístico perfecto. Incluso su relación sentimental aparece en el panel de control con un estado de «activo», una pieza más de un grupo de amistades funcional que mantiene la balanza en equilibrio.

Bajo esta inspección técnica, no se detectan incidencias estructurales. Sin embargo, comienzan a aparecer microfallos en la ejecución:

El otro día abrió el frigorífico y se quedó unos segundos mirando el interior sin saber qué buscaba. El miércoles respondió a un correo que ya había respondido el lunes. El jueves escribió «quedo pendiente» y no supo exactamente de qué.

Errores menores. Desviaciones de milímetros. El sistema dictamina que no comprometen la estabilidad del conjunto.

Piensa que podría hacer algo distinto. Un viaje largo. Un cambio de ciudad. Una iniciativa personal sin retorno inmediato. Lo piensa como quien abre una pestaña nueva en el navegador. La pestaña queda ahí, abierta. No vuelve a ella. El navegador consume memoria RAM en silencio, igual que el deseo de fuga consume una energía que Laura ya no sabe de dónde sacar. Pero su protocolo no registra procesos en segundo plano.

A veces, la intuición lanza protocolos de mantenimiento preventivo: reducir la exposición digital, establecer límites horarios, priorizar el descanso o programar esa visita familiar postergada. Son alertas que parpadean en el borde de su visión, pero en su lista de tareas todas aparecen con el mismo estado de «implementación pendiente». Laura cierra la ventana de aviso y sigue adelante. El edificio parece demasiado sólido para preocuparse por las grietas.

Hay algo en la palabra *pendiente* que le resulta tranquilizador. Implica posibilidad futura; no exige acción inmediata. *Pendiente* es una forma elegante de aplazar la vida.

El documento sigue siendo impecable. Ordenado. Coherente. Competitivo. Pero si se observa con detenimiento, aparecen peque-

ñas grietas en los márgenes: métricas que no se han rellenado o indicadores que el sistema no sabe medir.

No es un colapso. Es una microfisura. Y las microfisuras no aparecen de golpe. Se forman por repetición. Repetición de días similares. Repetición de gestos automáticos. Repetición de la frase «enseguida lo miro».

Debajo del revoco, el material empieza a ceder por fatiga. Laura Martín González no se detiene. No puede permitirse el lujo de la inactividad. El engranaje ignora el desgaste mientras el indicador sigue marcando el color verde.

Estado actual: *Activa. Disponible. Operativa.*

En línea.

PARTE 2: CICLOS DE CARGA

Laura se despierta todos los días a las 6:45. El despertador no suena; vibra, sacudiendo la mesilla con pulsos rítmicos. La luz gris del amanecer entra a través de las persianas. Abre los ojos antes de incorporarse. Su primer gesto no es abrir la ventana ni estirarse, busca el dispositivo. La luz azul ilumina el lado derecho de su cara. Cinco notificaciones de correo. Dos mensajes sin abrir. Tres recordatorios pendientes. Una noticia destacada sobre un proyecto de su estudio. Laura no siente alarma ni urgencia, simplemente eficacia.

Desliza el dedo. Atiende uno de los correos antes de salir de la cama. No le lleva más de dos minutos. Se incorpora con la sensación leve de haber avanzado algo antes incluso de tocar el suelo.

En la cocina de su piso en Salamanca, el café no es un ritual, sino el aditivo necesario para poner en marcha la maquinaria del día. Mientras, repasa mentalmente su hoja de ruta: reunión de seguimiento a las 9:30, entrega parcial a las 13:00, llamadas pendientes, correos que podrían esperar, pero que prefiere adelantar. Su rutina es exacta, es un plano bien trazado, sin puentes térmicos por donde se escape la energía. Cada movimiento calculado. Cada acción tiene un propósito medible.

El teléfono reclama atención sobre la encimera. Se detiene un instante y mira el teléfono. «Mamá», indica la pantalla. Calcula la hora. 7:20. Pulsa «silenciar». En su arquitectura mental, las llamadas familiares son ruido de fondo que no compromete la estabilidad del conjunto. Se dice que la llamará luego. Siempre la llama luego. Aunque sabe que, en su cronograma, el «luego» es solo un sumidero de tareas pospuestas, un archivo que nunca llega a abrirse.

Llega diez minutos antes al estudio, tiempo suficiente para el segundo café del día. Le gusta el silencio de la oficina antes de que el resto del equipo «ensucie» el orden con conversaciones triviales. Cuando el equipo entra, ella ya ha contestado tres mensajes. A las 9:32 empieza la reunión. Cada presentación, cada comentario, cada anotación está dentro del horario previsto. A las 11:03 contesta un

mensaje de su pareja con un «después hablamos», un comando de ejecución automática. La maquinaria sigue intacta. Nadie podría objetar nada.

Tras la reunión, ajusta medidas y comprueba tolerancias en la cartografía del proyecto. Al llegar al correo personal, un mensaje de su madre: *–Hace tiempo que no sé de ti*. Laura lo archiva en la carpeta «Más tarde». No lo siente como un reproche, sino como una nota de mantenimiento preventivo que todavía no es necesaria. La estructura aguanta.

Durante la tarde, mientras toma el cuarto café del día, alterna trabajo y redes sociales. Observa fotos de conocidos en Instagram, analiza sus vidas como si fueran secciones de un edificio ajeno: viajes, bodas, reformas. Por un instante siente un ligero desfase, una sensación de que su propia cimentación está cediendo, pero la descarta. Tiene la presentación de mañana lista. Todo marcha bien.

Al final del día, en el piso, prepara la cena mientras revisa mentalmente la lista de tareas pendientes: facturas, correos, informes, mensajes, llamadas, seguimiento de proyectos. Su cuerpo responde. Su mente funciona. Su móvil sigue encendido. Todo está bajo control.

Laura se sienta frente al ordenador después de la cena, todavía con la taza de café a medio beber. Las luces del piso son cálidas, pero no distraen. Revisa mentalmente la checklist del día siguiente: reunión con clientes a las 9:30, entrega de informes a las 11:15, revisión de planos hasta las 13:00. Su mano, automática, abre el correo. Responde un mensaje del estudio sobre ajustes en la propuesta; su redacción es precisa, cada palabra medida. La superficie de la córnea presenta sequedad por parpadeo insuficiente (exposición a luz azul > 14h). Apenas nota que sus ojos comienzan a pesarle, pero sigue revisando correos, deslizando notificaciones, borrando mensajes innecesarios. Una alerta de calendario indica que son las 22:17. Su cuerpo reclama descanso, su mente enumera pendientes.

Al abrir Instagram, ve fotos de amigos que han viajado durante el fin de semana. Sonríen en paisajes soleados, en cenas perfectas, en bodas cuidadosamente fotografiadas. Laura deja escapar un suspiro

casi inaudible. No por envidia, no por tristeza, solo porque su vida – perfectamente organizada, perfectamente medida– parece moverse a un ritmo distinto, invisible, aunque igual de rápido.

Un zumbido seco interrumpe con un mensaje de su pareja: «¿Ya llegaste?» Responde con rapidez: «Sí, todo listo». No siente alivio. Solo mantiene continuidad.

Al día siguiente, Laura se despierta antes de que suene el despertador. La alarma ni siquiera ha sonado; su cuerpo ha aprendido el horario por pura inercia de carga. En la ducha repasa mentalmente las modificaciones del archivo que debe entregarse antes del mediodía. Mientras se cepilla el pelo, procesa la reunión del jueves con el equipo de diseño de interiores, las modificaciones a realizar en el plano y que debería revisar los correos pendientes de esa referencia también. Calcula mentalmente cuánto tiempo le tomará responder y hacer seguimiento. Su cerebro traza un horario preciso hasta la noche.

En la cocina, mientras toma café, mira de reojo la pantalla del móvil. Dos mensajes de su madre: «¿Qué tal hija?» y «Podrías venir algún finde». Laura los deja sin abrir. No son urgentes. Su respuesta será correcta, en el momento oportuno. Cada gesto calculado, cada minuto contabilizado.

Durante la jornada, alterna llamadas del estudio, correos electrónicos y revisión de planos. Entra un compañero a su despacho; intercambian palabras, fórmulas educadas, revisiones puntuales. Laura escucha, asiente, responde con exactitud. Su mente está ocupada en múltiples frentes: la próxima reunión, un informe que aún no ha redactado, la entrega de un proyecto para el viernes.

Todo bajo control.

A veces, mientras espera a que un archivo pesado termine de cargar, Laura recorre sus carpetas. Guarda sus títulos en un directorio de encargos terminados, pero es consciente de que sus hitos no están en el papel, sino en la nube. Visualiza la fotografía con el tribunal y el posado con los compañeros tras la defensa del TFG; el peso del plano extendido sobre la mesa era real, pero lo que validó el esfuerzo físico

y mental fueron los ciento ochenta y cuatro «me gusta» y aquellos tres comentarios con la palabra «*Super orgullosa*», «Enhorabuena» y «¡Sabía que lo conseguirías!».

Incluso su puesto actual llegó a través de la interfaz: un mensaje privado preguntando por su disponibilidad laboral mientras ella todavía sostenía el título frente a la cámara. Fue entonces cuando asimiló la lección fundamental de su generación: la arquitectura no solo se construye, se exhibe. Si un muro no es capturado por un sensor y compartido, su existencia es, estadísticamente, irrelevante.

Con esa premisa grabada en el sistema, la hora del almuerzo no es un descanso, sino un proceso de optimización. Come mientras revisa documentos en el portátil; no es multitarea por elección, sino por necesidad. Cada acción que realiza tiene un propósito medible. Observa el reloj cada pocos minutos; calcula cuánto puede dedicar a cada tarea restante, calcula la desviación entre el tiempo estimado y el tiempo real.

A las 14:15, el flujo de entrada de datos supera el ancho de banda de su atención. Tres correos con prioridad alta, una llamada perdida y una modificación de última hora en la sección del muro cortina. Por un instante, el sistema se bloquea. «No llego a todo», piensa, y siente un pinchazo de calor en la base de la nuca. Pero su protocolo de defensa se activa al milisegundo. No permite que la frase se convierta en angustia; la procesa, la desinfecta y la devuelve al sistema como una orden de gestión.

Internal Exception: Desbordamiento de pila (Overflow).

Entrada: "No llego a todo".

||

>> *Ejecutando script de recuperación:*

"Aprendiendo a priorizar". <<



Estado: Recuperación completada. Sistema estable.

El sistema sobrevive un ciclo más. El cronograma sigue intacto. Simplemente ha movido piezas en el tablero de su agenda; ha sacrifi-

cado lo importante por lo urgente. El edificio de su jornada no se ha caído, solo ha reajustado sus apoyos para seguir subiendo.

Por la tarde, Laura camina hacia la parada de autobús, esquivando el caos de la ciudad como si fuera una interferencia para su línea de visión, porque realmente está revisando mentalmente los pendientes que no ha podido atender en la oficina. Enciende el teléfono un instante, comprueba un correo, descarta otro, envía una respuesta rápida. A su alrededor, la ciudad se mueve de manera caótica: coches, pasos, voces. Todo pasa, todo avanza, pero ella mantiene su propia línea, trazada con precisión.

Antes de dormir, Laura se toma unos minutos para auditar su galería. Recorre las fotografías almacenadas como quien revisa el inventario de una obra: viajes pasados, reuniones de amigos, intervenciones finalizadas. Su ojo técnico analiza las imágenes ajenas en Instagram –la composición, la luz, el encuadre– calculando instintivamente qué habría corregido ella; una buena fotografía puntúa más que la maqueta misma. Piensa que siempre ha sabido dónde colocar la cámara, antes incluso de saber dónde colocar una ventana. Construcción para la cámara, no para el habitante. No hay envidia en su mirada, solo un análisis de vida ajena en paralelo a su propio cronograma de tareas.

Sin embargo, el sistema experimenta un error de lectura cuando se detiene en una fotografía antigua: un domingo de primavera en una terraza. Hay una publicación en Instagram y una conversación de WhatsApp que confirma el evento, pero no hay memoria física. No recuerda el sabor del café ni el resto de la tarde. El vacío de ese recuerdo le genera una extraña incomodidad; acepta que su capacidad para reconstruir actividades recientes depende casi exclusivamente de su historial de metadatos. Sin el teléfono, sus recuerdos del último mes son parciales, una serie de bocetos sin capas. Simplemente asume que el vacío de sus domingos recordados con claridad quedará, por ahora, en blanco. Existe una discrepancia técnica entre su actividad planificada y su memoria real que todavía no sabe cómo corregir. Suspira brevemente y, de forma automática, su mente des-

carta el error; volverá a revisarlo cuando tenga tiempo. El tiempo, después de todo, también es un recurso que debe administrarse.

* * *

Laura no se despierta; se activa. A las 6:43, su sistema operativo interno procesa la luz led del monitor como el único sol válido. No hay errores de cálculo en su mañana: el tiempo de tránsito entre la cama y la cafetera está optimizado para no generar puentes térmicos de pensamiento innecesario.

Escanea su reflejo en el espejo y no ve cansancio; ve una fachada con buen mantenimiento. Un poco de corrector para las ojeras es solo una capa de revoco para ocultar las microfisuras en la cimentación. Se siente eficiente, un núcleo rígido capaz de soportar toneladas de píxeles sin colapsar. Se viste con cuidado. Cada prenda ha sido seleccionada según su horario y las reuniones previstas; comodidad y profesionalidad en perfecta proporción. Antes de salir, revisa una última vez el correo, contesta un mensaje breve de un compañero sobre un cambio en la solución constructiva; añade un par de frases conciliadoras y cierra la ventana. Todo correcto. Repasa mentalmente el cronograma de la jornada: revisión de planos a las 9:00, reunión con clientes a las 10:30, entrega parcial a las 13:00. Cada tarea está marcada con un tiempo estimado y un porcentaje de avance. Todo bajo control.

En el estudio, Laura despliega los detalles constructivos con precisión quirúrgica. Ajusta medidas, comprueba tolerancias y revisa correos mientras su compañero murmura sobre retrasos. Laura asiente, pero no se involucra; la empatía es un proceso pesado que ralentiza el procesador. Al mediodía, almuerza frente al ordenador. Mastica sin mirar el plato, alternando pestañas entre el presupuesto y un mensaje de su pareja: «¿Nos vemos esta noche?». Responde: «Sí, más tarde hablamos». La programación mental de la jornada le permite posponer cualquier asunto que no sea estrictamente necesario. La eficiencia requiere priorización; las emociones pueden esperar.

Laura se enorgullece de su mantenimiento de alzado profesional bajo alta presión. Ha perfeccionado la habilidad de posponer conversaciones no urgentes, una técnica de filtrado que aplica tanto a los correos de proveedores como a su propia vida sentimental. En su contabilidad interna, su relación ha pasado de ser «estable» en 2023 a una «indefinida» en 2024, marcada ahora por la frase recurrente: «*Hablamos cuando tengas un rato*». No lo percibe como un fracaso, sino como una optimización de recursos.

Al final de la jornada, vuelve al piso. Prepara la cena mientras escucha un podcast sobre productividad. A las 19:42, el terminal registra una alerta externa: *Mamá*. Laura categoriza la llamada como 'ruido de fondo'. Las madres no entienden de plazos de entrega ni de renders que tardan diez horas en procesar. Para su madre, el tiempo es una línea continua; para Laura, el tiempo es un recurso limitado que debe ser fragmentado, comprimido y monetizado.

—'Luego'— se dice.

Pero en su arquitectura mental, el «luego» es un volumen sin proyectar, una habitación sin ventanas donde se acumulan todos los mensajes sin abrir.

Laura mira la pantalla, después el reloj. Piensa en su agenda de los próximos días: reuniones, entregas, correos. Contesta mentalmente: «Sí, claro. Lo miro y te digo». Deja el mensaje sin enviar. La rentabilidad del tiempo no admite interferencias emocionales.

Esa noche, mientras cena en el sofá, abre Instagram por pura inercia muscular. Scrolea sin prestar atención a los viajes, ascensos y bodas ajenas que desfilan ante ella, hasta que se detiene en la publicación de una antigua compañera: una casa nueva de planta abierta y luz cenital. Laura la observa con una superioridad aséptica. Para ella, esas vidas son bocetos inacabados, desordenados; ella, en cambio, se siente una obra entregada y visada.

Estudio comparativo de estructuras colindantes (Promoción 2021):

- Pablo (27 años, Sídney - Australia): Traslado a zona horaria GMT+10. Abandono del diseño por el sector servicios. *Diagnóstico: Ruina técnica. Desperdicio de materiales.*
- Sara (26 años, Salamanca): Hipoteca firmada. Cimentación profunda a 30 años. Primer hijo en camino. *Diagnóstico: Edificio consolidado. Carga estructural máxima. Cero flexibilidad ante posibles reformas.*
- Juan (25 años, Madrid): Residencia en infravivienda de 20m² sin luz natural persiguiendo una beca. *Diagnóstico: Inestabilidad estructural. Riesgo de derrumbe económico.*
- Nuria (25 años, Sudeste asiático - Latinoamérica): Año sabático. Viaje sin itinerario fijo. Fotografía analógica. *Diagnóstico: Obra paralizada. Terreno rústico sin previsión de urbanización. Desconexión de la red general.*
- Laura (26 años, Salamanca): Proyectando el skyline del futuro, nómina puntual y 0.4 segundos de respuesta en Outlook. *Diagnóstico: Edificio de alta eficiencia. Máximo rendimiento por metro cuadrado de vida. Disponibilidad absoluta.*

Recorre mentalmente a algunas de sus amistades de esa edad: uno decidió mudarse a Australia y empezar de cero; otra se ha embarcado en una obra artística que la consume por completo; algunos compran casas, otros se casan, otros viajan sin parar. Cada vida parece moverse con una dirección clara, sin embargo, ella siente que debería estar «más avanzada», aunque no sepa exactamente en qué.

Esa sensación de desfase activa una alerta en su panel de control interno. «Voy por detrás», sentencia su consciencia con la frialdad de un diagnóstico de obra. Inmediatamente, su protocolo de optimización intenta corregir la caída de rendimiento. El cursor de su pensamiento parpadea, duda y reescribe la línea para evitar el bloqueo.

System error > "Voy por detrás"
> > Optimizando proceso... < <
Reescritura: No es una carrera.

Laura observa el mensaje con extrañeza, como quien encuentra una línea de código comentada por otro programador. No lo comprende del todo –en su mundo, todo es una carrera hacia la excelencia–, pero lo acepta como un parche provisional para bajar las revoluciones del pulso y poder seguir procesando datos.

Tiene planes –un viaje con su pareja, desconectar este verano–, pero sabe, con la misma certeza con la que calcula una estructura, que terminará dejando pasar la oportunidad, como siempre. La Excelencia funcional de su 2025 ha exigido un precio: ha sustituido los paseos por las riberas del Tormes por formación online y ha reducido sus interacciones humanas al mínimo indispensable. Su vida es una lámina impecable en blanco y negro; no hay manchas ni imprevistos, pero tampoco hay aire.

Se acuesta a las 23:58 con el objetivo firme de no superar la medianoche. Deja el teléfono boca abajo, cierra los ojos y repasa mentalmente qué argumentará mañana en la reunión para sonar firme sin parecer brusca. A las 00:17, la curiosidad técnica vence al descanso. Gira el terminal «solo para comprobar la hora» y acaba respondiendo un correo que podría haber esperado a la mañana siguiente. La luz blanca inunda el dormitorio, revelando microfisuras en su autocontrol. Parpadea varias veces antes de volver a cerrarlos. A las 02:13 sigue despierta. Ya no piensa en el trabajo, sino en todo a la vez: las reformas ajenas, los mensajes sin contestar, su madre que espera una llamada, el tiempo que se escapa por las juntas. A las 03:02, consulta el tiempo de uso diario: 5 horas y 43 minutos. Se promete reducirlo mientras la pantalla ilumina su rostro cansado. Cuando el teléfono emite su secuencia de aviso finalmente a las 06:45, Laura se incorpora con la pesadez de quien no ha terminado de vivir el día anterior.

Sabe que sus indicadores de rendimiento son estables solo en apariencia, operando en un déficit crónico compensado con cafeína. Con una media de 5 horas y 45 minutos de sueño y despertares nocturnos que ella califica como «funcionales», se mantiene operativa. El problema es el modo de bajo consumo emocional en el que ha entrado su sistema: el tiempo frente a la pantalla ya devora las seis ho-

ras diarias y sus interacciones humanas han mutado en un protocolo de disculpa constante: «Perdona, voy a responder un momento».

* * *

El lunes, el zumbido seco sobre la madera de la mesilla se detiene antes del tercer pulso. No hay margen para el error. Su primer gesto no es abrir la ventana para comprobar el cielo de Castilla, sino buscar la luz azul. Cinco notificaciones de correo. Dos mensajes sin abrir. Un recordatorio de calendario: *Entrega Proyecto Ejecución Fase 2*. El día no comienza con oxígeno, sino con una actualización de tareas pendientes.

A las 7:12, mientras el café gotea en la cocina, ella ya ha «avanzado». Ha respondido un email de un proveedor y ha deslizado el dedo por setenta y cuatro historias de Instagram. Es una forma de alimentación matutina: calorías binarias para empezar el día sintiendo que el mundo ya ha empezado a girar y ella va, al menos, un segundo por delante.

En el espejo del baño, analiza su rostro con el mismo rigor con el que revisa una sección de muro cortina. Busca fallos estructurales. Aplica corrector sin pensar; no borra el cansancio, lo recalcula. Se ve bien. Se ve productiva. Se ve, sobre todo, disponible.

A veces, mientras espera a que el software complete el procesamiento de imagen en el estudio, Laura se queda mirando el cursor parpadeante. Es en esos segundos de «tiempo muerto» donde el currículum empieza a temblar. Ubica el domingo pasado: subió una foto de un café perfecto en una terraza de la Plaza Mayor. Tiene el registro visual, tiene los 142 «me gusta», pero si cierra los ojos, no puede recordar a qué sabía el café ni de qué habló con la persona que tenía enfrente. Sabe que estuvo allí porque el dispositivo lo certifica, pero su memoria es un disco duro con sectores dañados.

El tiempo no fluye; se procesa. Y Laura Martín González es, ante todo, una excelente procesadora de datos.

* * *

Durante las semanas siguientes no ocurre nada extraordinario. No hay discusiones graves. No hay errores irreparables. No hay pérdidas. Solo pequeñas alteraciones: un martes confunde la fecha de una entrega y lo descubre revisando el correo a las 22:37; un jueves abre una conversación y tarda unos segundos en recordar qué estaba respondiendo; un domingo por la tarde intenta reconstruir qué hizo el sábado. Ubica una salida a tomar algo y registra una fotografía subida. Sin embargo, ha perdido el rastro de la conversación completa. Se dice que es normal. Todos están cansados.

Un viernes por la tarde recibe un mensaje de su pareja:

—¿Sigues ahí?

Tarda tres minutos en entender la pregunta. Está sentada frente al ordenador; ha pasado la última hora alternando entre una hoja de cálculo, un plano estructural y la aplicación de mensajería. Responde:

—Sí, perdona. Día intenso.

La palabra intenso le parece adecuada. No implica queja, no implica debilidad. Esa noche su madre vuelve a llamar. Esta vez contesta.

—¿Te pillo en mal momento? —pregunta.

Laura mira el portátil abierto sobre la mesa. Mira el reloj. Mira el teléfono.

—No, dime.

—Hace tiempo que no sé de ti.

Laura sonríe aunque su madre no pueda verla.

—Hablamos todas las semanas.

—Sí, pero no sé de ti.

La frase queda suspendida unos segundos. Laura cambia de postura. Abre el correo mientras escucha.

—Podrías venir algún fin de semana —añade su madre.

—Sí, claro. Lo miro y te digo.

Ni lo mira ni le dice nada más. La lógica de la eficiencia dicta el tiempo; las emociones no tienen presupuesto.

PARTE 3: VICIOS OCULTOS

No sabría decir cuándo empezó exactamente. Le gustaría fijar una fecha, trazar una línea de cota que separase el «antes» del «ahora», pero las fechas han empezado a solaparse.

Juraría que ayer era marzo. Abre el calendario del móvil y los píxeles le devuelven un dato imposible: es julio. Hay tres meses de su vida que no han dejado poso, solo un rastro de archivos enviados, confirmaciones de lectura y reuniones por videollamada. Abril fue productivo. Abril fue correcto. Pero abril, en su memoria, es una habitación vacía y sin luz.

Ante esa evaporación, Laura busca instintivamente un punto de apoyo, algo que no se mueva. Conserva la imagen de un viaje de fin de semana a Segovia. Se había quedado hipnotizada bajo uno de los arcos del Acueducto, mirando hacia arriba, hacia esos sillares de granito que se sostienen sin una sola gota de cemento. Ingeniería pura. Equilibrio en seco.

—Es el triunfo de la gravedad —le había dicho un profesor—. No necesita nada externo para mantenerse en pie. Solo el peso de una piedra sobre la otra. Si el cálculo es perfecto, la estructura es eterna.

Ahora, mientras camina por la Rúa Mayor de Salamanca hacia la Casa de las Conchas, Laura comprende que su propia estructura ya no posee esa nobleza. Su vida no tiene ese equilibrio seco y rotundo del granito segoviano. Ella es una construcción que necesita argamasa externa para no colapsar: necesita el «me gusta» como pegamento, la notificación como refuerzo, el correo de las once de la noche como puntal de emergencia.

Sin la mirada de los otros filtrada por la pantalla, se siente un montón de piedras sueltas, incapaces de formar un arco. Ha sustituido la estabilidad del material por la dependencia del adhesivo. Y la argamasa algorítmica, a diferencia del cemento romano, caduca rápido. Cuando el adhesivo falla, la estructura empieza a perder piezas pequeñas, elementos ornamentales que al principio no parecen comprometer el conjunto, pero que dejan el muro desnudo.

El primer olvido parece una mota de polvo en un plano impoluto. El cumpleaños de Marta. Marta, su apoyo estructural desde los años de universidad en la UVA; vallisoletana de origen pero salmantina por un volantazo del destino –una oferta de trabajo que no pudo rechazar y una relación que ya no existe–. Ahora, aunque comparten ciudad, el contacto se ha vuelto digital. El año pasado, Laura fue la primera en escribir. Este año, se acuerda a las 23:48, mientras scrollea las fotos de la cena a la que no fue. Ve a Marta sonriendo frente a una tarta, rodeada de gente que parece tener una resolución de imagen más nítida que la suya. Laura envía un mensaje: *«Perdona, hoy ha sido un día intenso. Feliz vida»*. La palabra intenso es su material de construcción favorito; sirve para tapar cualquier agujero, para justificar cualquier ausencia. Es un revoco que lo cubre todo.

- ACTUALIZACIÓN AUTOMÁTICA -

Trayectoria:

2004: Aprendí a leer antes que mis compañeros.

2012: Primera matrícula de honor.

2015: Abrí Instagram.

2019: Primer trabajo no remunerado.

2020: Pandemia. Más tiempo online. Menos tiempo real.

2022: Cuenta profesional en Instagram

2024: ~~¿En qué momento empezó el cansancio?~~

Optimización de descanso en curso.

2025: Fatiga de materiales detectada.

Una mañana de oficina, en mitad de una reunión técnica, ocurre. Laura está explicando la sección de una fachada. Sabe que está hablando. Ve las caras de los clientes asentir al otro lado del terminal. Pero, de pronto, su mente experimenta un deslizamiento de tierras. Durante un segundo, es incapaz de recuperar la frase que acaba de pronunciar. No sabe si ha dicho «vidrio laminado» o si solo ha pensado en el silencio de su salón.

Sonríe. Mantiene la verticalidad. Nadie lo nota, pero ella siente que la cimentación de su seguridad acaba de ceder unos milímetros.

Esa noche consulta el tiempo de uso. 6 horas y 12 minutos. Se había prometido no superar las seis horas. No es dramático. Son doce minutos. Pero no recuerda en qué momento exacto ocurrió el exceso.

Evoca que el año anterior, durante el proyecto de gran envergadura, todo parecía nítido. Publicó la fotografía de la obra en construcción con filtros técnicos y recibió el flujo esperado de «impresionante» y «vas a llegar lejos». Era la estética del triunfo. Pero tras los hashtags y el orgullo indexado, ya se escondía la erosión: no recordaba cuándo había sido la última vez que había llamado a su madre sin observar antes la hora, calculando cuántos minutos de su cronograma podía ceder a la afectividad.

El pragmatismo había devorado la espontaneidad. Sus logros se habían convertido en paramentos de alta resolución para el consumo ajeno, mientras su propia realidad, la que no pasaba por el sensor de la cámara, perdía calidad de imagen hasta volverse irreconocible.

Los días empiezan a comprimirse.

Lunes.

Viernes.

Otro lunes.

Tiene la sensación de que siempre está empezando la semana o terminándola. El centro se desdibuja.

Un domingo por la tarde intenta reconstruir el sábado completo. Recuerda haber salido. Ubica una terraza. Registra una foto subida a historias. No recuerda la conversación.

Ese día se propone recordar quien es, abre el archivo en su portátil: *CV_LauraMartin_2025_v3_revisado.pdf*. Lo observa con el ojo crítico de quien busca una patología en un muro de carga. El cursor parpadea, retándola.

- ACTUALIZACIÓN DE CURRÍCULUM -

Revisión manual de estructura (Borrador interno)

COMPETENCIAS:

Gestión del tiempo: Avanzada

Eficiente

Disponibilidad: ~~Permanente~~ Flexible

Resistencia al estrés: Alta

INTERESES

Arquitectura y eficiencia energética.

~~Productividad y optimización de proyectos.~~ Intentar recordar cuándo fue la última vez que hice algo sin documentarlo.

La sensación ya no es leve; es una vibración constante, como una máquina que funciona a demasiadas revoluciones en el sótano de un edificio. Su pareja le dice una noche, mientras cenan en un silencio roto solo por el choque de los cubiertos: –No estás nunca del todo aquí, Laura.

Ella responde que sí. Que está sentada ahí. Que el volumen de su cuerpo ocupa una coordenada física medible. Pero mientras lo dice, nota que su atención está dividida en mil fragmentos, como un cristal templado tras un impacto: una parte de ella está en el correo que no envió, otra en el reel que vio hace diez minutos, otra en la lista de la compra.

Esa fragmentación no es nueva; es una patología de origen que arrastra desde 2020. Le viene a la mente las maquetas detenidas y las correcciones con la pantalla compartida. Fue en aquel salón, con el tiempo de exposición frente al monitor catalogado como indefinido, cuando su cerebro aprendió a alternar pestañas entre AutoCAD y redes sociales sin percibir la transición. Perdió la frontera entre el entorno proyectado y el consumido. Ya no sabía en qué momento dejaba de proyectar para empezar a divisar. Empezó a publicar menos y a observar más, convirtiéndose en una espectadora de vidas ajenas mientras trazaba líneas de muros que nunca llegaba a habitar.

Pero mientras responde, contempla la pantalla boca abajo sobre la mesa. Solo para comprobar que la pantalla permanece inerte. Su vida es una multitarea constante que ha terminado por pixelar la realidad.

No es un colapso. Es acumulación. Pequeñas pérdidas de nitidez. Pequeñas desconexiones de segundos. Pequeñas fugas.

Vuelve al documento del CV. Escribe una línea nueva al final, sin formato, sin negrita, como un grito mudo en mitad de un informe oficial:

«¿Dónde se guardan los domingos que no recuerdo?»

Se queda mirando la frase. El blanco de la pantalla le duele. Siente que el tiempo se ha convertido en un renderizado infinito: mucha potencia de cálculo, mucho esfuerzo, pero la imagen final nunca termina de aparecer.

Cierra el portátil. No guarda los cambios. El documento ya no es impecable. Tiene grietas visibles, pero la grieta ya está ahí, cruzando el salón de su mente, recordándole que no hay estructura, por muy bien diseñada que esté, que pueda soportar una disponibilidad infinita.

La sensación es leve, casi imperceptible, pero constante: como si el tiempo estuviera ligeramente acelerado y ella caminara medio paso por detrás.

Esa noche tarda en dormirse. No piensa en nada concreto. Pien-
sa en todo al mismo tiempo. Entrega. Mensaje pendiente. Domingo
incompleto. La frase «no estás nunca del todo aquí». Mira el techo.
Tiene la sensación de que el día no terminó. Y de que mañana em-
pezará antes de que esté preparada.

* * *

Empieza a notar algo extraño con los objetos. Deja las llaves en un sitio y aparecen en otro. Carece de evidencia de haberlas movido.

No tiene registro de haberlas tocado. No es grave. No es preocupante. Pero es nuevo.

Un jueves cualquiera abre la nevera y se queda observando el interior encendido. La luz blanca de la nevera le recuerda a una geometría básica sin iluminar. Un hueco de proyecto esperando a ser rellenado, porque también se ha olvidado de hacer la compra. Se queda ahí, estática, como un bloque de AutoCAD insertado en las coordenadas equivocadas. No sabe qué ha venido a buscar. Cierra. Vuelve al salón. Abre el móvil sin querer abrirlo. Cinco notificaciones. Ninguna prioritaria. Todas urgentes.

Se sienta. Cinco minutos. Treinta y dos. No sabría decir en qué momento cambió la proporción. El tiempo ya no transcurre. Se evapora.

Ese mismo día, en el estudio, su compañero le pregunta por una decisión que supuestamente tomaron juntos la semana anterior. Ella asiente. Sonríe. Improvisa una respuesta técnica que suena convincente. Pero no recuerda esa conversación. Ni el contexto. Ni el acuerdo. Ni el tono. Solo recuerda que debió ocurrir. Como cuando ojeas una fotografía de algo que no viviste.

* * *

Un día cualquiera de primavera con sol, pero todavía con fresquillo, al salir de trabajar decide volver a casa andando. De esta forma puede tomar un poco el aire. Quizás es el respiro que necesita, piensa. Laura camina por la calle Toro hacia la Plaza Mayor. Es un trayecto que ha realizado cientos de veces, una línea recta que su cuerpo recorre en modo automático mientras sus dedos despachan correos en el terminal. Sin embargo, hoy algo ha cambiado en su percepción.

Camina por la acera y no ve gente, ve flujos de datos. Ya no ve la ciudad como un escenario de consumo o de paso; la ve como un objeto técnico degradado. Su ojo, deformado por la profesión, empieza a escanear vicios ocultos, analizando cada fachada como si fuera

una maqueta con errores de cálculo. Se detiene frente a un edificio de los años setenta. Nota una eflorescencia en el ladrillo, una mancha blanquecina que delata una humedad interna, lenta y corrosiva. Piensa en la carbonatación del hormigón: ese proceso invisible por el cual el aire penetra en la estructura, oxida la armadura y expande el material hasta que el edificio revienta desde dentro. Se queda estática ante un edificio racionalista y nota que el hormigón está cediendo; observa cómo el aire corroee lo que parece eterno. Se toca la sien. Siente un pulso rítmico tras el ojo derecho. Se pregunta si el estrés es para el sistema nervioso lo que el dióxido de carbono para el hormigón. Una infiltración constante. Una degradación silenciosa que solo se manifiesta cuando la grieta ya es estructural. Siente que ella también se está oxidando por dentro, una reacción química invisible producida por el exceso de fotones azulados. A su alrededor, la gente camina con una resolución nítida, pero ella se siente trazada con línea de puntos, con los bordes dentados, como un objeto mal importado en un entorno que ya no reconoce.

* * *

Una noche sueña que está en una obra sin terminar. Las paredes están levantadas, pero no hay techo. Mira hacia arriba y el cielo es una cuadrícula infinita, como una pantalla ampliada hasta perder resolución. Intenta medir el espacio, pero la cinta métrica no marca números, solo porcentajes.

Despierta con la sensación de que algo quedó sin cerrar. Revisa el correo antes de levantarse.

No sabe por qué lo hace.

Empieza a notar que contesta más rápido a mensajes que a personas. Que le resulta más sencillo escribir «todo bien» que explicar cómo está.

Su madre la llama un domingo. Hablan quince minutos. Después, Laura intenta recordar qué le ha contado. Conserva el tono.

Mantiene el sonido de los platos al fondo. Reconoce que su madre dijo «cariño». El contenido se ha vuelto ilegible, se ha volatilizado.

Esa noche abre otra vez el CV. No con intención literaria. No como gesto simbólico. Lo abre como quien revisa un informe de daños. Lee su nombre. Le parece el de otra persona.

Empieza a haber pequeñas fisuras en lo físico. Dolor de mandíbula. Contractura en el cuello. Ojos secos. Nada grave. Pero persistente.

En una reunión presencial, alguien le hace una pregunta directa y ella experimenta una latencia, un retardo de procesamiento que está fuera de lo habitual en responder. Es un retraso microscópico, pero lo nota. Ese medio segundo se le queda pegado todo el día. Como una sombra.

Durante sus años de carrera, Laura tenía un refugio visual: la *Casa de las Conchas*. No era por el peso de la historia, sino por la geometría de las sombras. Le fascinaba cómo las más de trescientas conchas del frontis proyectaban sombras rítmicas que cambiaban según la inclinación del sol, convirtiendo un muro de carga en un dial solar infinito. Solía decir que era un edificio «con latido».

Un viernes de mayo, de camino a una medición en el centro, Laura se detiene ante él. El sol de la tarde golpea la piedra de Villamayor, tiñéndose de ese naranja oxidado tan propio de Salamanca. Se queda quieta frente a la piel de piedra.

Intenta analizar la modulación. Intenta recordar lo que sintió la primera vez que dibujó esa portada en su cuaderno de primero. Pero no ocurre nada. No hay pulso. Contempla las conchas y solo ve datos: unidades de relieve sobre un paramento de piedra. Su cerebro procesa el estilo gótico civil y el plateresco como quien lee una hoja de especificaciones técnicas, pero la emoción se ha quedado bloqueada tras un error de lectura.

Saca el móvil. Encuadra. Busca el ángulo perfecto. Dispara.

Observa la foto en el monitor: es perfecta. Tiene más contraste que el edificio real. Tiene más luz. Tiene más sentido. En ese momento, Laura comprende la gravedad de su propia patología: ha aprendi-

do a procesar la belleza, pero ha olvidado cómo habitarla. Prefiere la imagen de la piedra a la piedra misma.

Guarda el teléfono y, sin poder reconocerlo, la portada de su edificio favorito le parece un decorado de cartón piedra. Un alzado sin profundidad. Una imagen con ruido de ISO.

Por la tarde atiende el tiempo de uso. 7 horas 03 minutos. No recuerda una hora entera. No recuerda en qué momento exacto cruzó la línea. Solo sabe que la cruzó. Y que ya no hay gesto heroico en prometer reducirlo. Empieza a sospechar que la gestión del tiempo era solo una estética. Un apartado bonito. Una línea en negrita.

- DOCUMENTO CORRUPTO -

COMPETENCIAS

Gestión del tiempo: ~~Avanzada~~ ~~Eficiente~~ ~~Discutible~~

Memoria: ~~Óptima~~ ~~Intermitente~~.

Resistencia al estrés: ~~Alta~~ ~~Normalizada~~.

Equilibrio vida-trabajo: ~~Consolidado~~ ~~Teórico~~

Disponibilidad: ~~Permanente~~ ~~Flexible~~ ~~Insostenible~~

OBJETIVOS A LARGO PLAZO

~~Estabilidad~~ ¿Recuperar presencia?

LOGROS

2025: Sensación de estar siempre llegando tarde a algo.

INTERESES

~~Arquitectura contemporánea.~~ ~~Eficiencia energética.~~

~~Estar.~~ Solo estar. Sin registrar.

Cuando está ya anocheciendo, mientras el sol de Salamanca se filtra por las persianas dibujando una cuadrícula de sombras en el suelo, su pareja le cuenta una anécdota del trabajo. Laura ejecuta el comando de escucha: asiente, sonríe en el momento correcto, man-

tiene el contacto visual. Siente que su presencia es solo un modelado en baja resolución.

Tiene la geometría correcta, el volumen adecuado, pero le faltan los detalles, la profundidad, la vida. Pero por dentro, la distancia es insalvable. Es como si estuviera observando la escena desde una cámara cenital, analizando la trayectoria del sonido, pero sin procesar el significado. Es una cáscara que asiente y sonríe mientras el núcleo está en otra pestaña; como si hubiera una mínima distancia entre ella y su propia reacción. Cuando su pareja termina, Laura se da cuenta de que no sabría repetir la historia. Solo recuerda el movimiento de sus manos, como trazos rápidos en un croquis que no llega a entender.

—No estás nunca del todo aquí —vuelve a decir él. Esta vez sin reproche, con la resignación de quien habla frente a una fachada tapiada.

Esta vez no responde. Porque por primera vez no está segura de poder contradecirlo.

No busca una frase conciliadora ni una excusa técnica sobre la entrega de mañana. Se queda mirando el vacío que hay entre los dos, una cota de distancia que ninguna escala podría salvar.

Silencio.

El silencio que sigue no es un intersticio en el calendario. Es un vacío estructural. Y ese silencio pesa más que cualquier discusión, porque es el sonido de algo que acaba de romperse de forma irreversible.

* * *

El sábado comienza como una jornada de mantenimiento correctivo. Laura se levanta con la intención de reajustar su propia anatomía: dedica veinte minutos a una rutina de pilates, ejecutando movimientos precisos para estirar una musculatura que parece haber memorizado la forma de la silla de la oficina. Es un intento de

elongar no solo el cuerpo, sino una mente que siente comprimida, bajo una presión de carga excesiva. Tras una ducha rápida, se dirige al supermercado para adquirir los suministros básicos de la semana; una lista de imprescindibles optimizada para minimizar el tiempo de decisión frente al estante.

Al regresar, su planificación es clara: dedicar la tarde a adelantar entregas pendientes para aliviar la carga de la próxima semana. Es un autoengaño recurrente, una proyección de deseos que nunca llega a ejecutarse, pero que le proporciona una falsa sensación de control.

Sin embargo, al girar la esquina de su calle, el plan se desmorona. Se encuentra con Marta, una amiga de la facultad a la que no veía desde hacía años. La invitación a un café cerca de la Catedral surge como una variable no prevista. Para Laura, esa interrupción se procesa como un error en el cronograma, una fuga de tiempo en su día de «descanso» —esa palabra que ya solo sabe conjugar como una ausencia de tareas—. A pesar de ello, antes de que llegue el café, su mano ejecuta un movimiento reflejo. Saca el teléfono y encuadra la mesa: el contraste de la madera de roble, la servilleta de lino y el fondo desenfocado de los sillares dorados que bañan la plaza. Es una composición impecable, una imagen aesthetic que proyecta una calma que ella no posee. Dispara. Aplica un filtro que satura ligeramente los tonos cálidos. Lo publica sin texto, dejando que el algoritmo haga su trabajo.

Solo cuando la barra de carga desaparece y la foto queda indexada en su perfil, se permite atender a Marta. Ha cumplido con el protocolo de visibilidad; ha dejado constancia de su «descanso» en el registro público. Ahora, el momento ya puede empezar, aunque ella sienta que llega a la conversación con el sistema agotado.

Marta habla de su nuevo proyecto. Laura siente que la voz de su amiga le llega con eco, como si la conexión WiFi de su atención fuera inestable. Intenta participar, pero sus frases son clichés de LinkedIn. ‘Qué interesante’, ‘Me alegro mucho’, ‘Tiene muchísimo potencial’, ‘Seguro que sale genial’. Se da cuenta de que ha perdido el vocabulario humano. Solo le queda el corporativo. Laura intenta conectar, pero mientras Marta habla, la mirada de Laura se escapa hacia la

Puerta de Ramos de la Catedral. Se detiene en la figura del astronauta tallado en la piedra. Siempre le había parecido una broma técnica divertida, pero hoy siente una identificación física con él: un ser diseñado para el vacío, flotando en un entorno que no le pertenece, rodeado de una historia y una solidez que es incapaz de tocar. Se siente exactamente así: un elemento anacrónico, desconectado de la gravedad, intentando respirar en una atmósfera donde el oxígeno ha sido sustituido por datos.

Marta habla con entusiasmo de un concurso que ha ganado, de la libertad de haber montado su propio estudio, de la incertidumbre que la mantiene viva. Busca en su base de datos mental una respuesta que suene empática, pero solo encuentra plantillas de respuesta rápida.

—Qué interesante —dice Laura—. Es una oportunidad estratégica para posicionar tu marca personal.

Marta se detiene. La observa en silencio, con el café a medio camino de los labios. —Laura, no estoy hablando de marca personal. Estoy hablando de que por fin he diseñado algo que me emociona. ¿Cuándo fue la última vez que te emocionaste con un proyecto?

Laura siente un cortocircuito. Abre la boca para citar el proyecto de gran envergadura de 2024, los plazos cumplidos, el reconocimiento del estudio. Pero las palabras se le quedan pegadas en la garganta como cemento fresco. Su atención se desvía, inevitablemente, hacia el teléfono que descansa sobre la mesa. La pantalla se ilumina: una notificación de LinkedIn. Alguien ha validado sus aptitudes en «Liderazgo».

Siente una punzada de alivio fantasma mientras el vacío en la mesa se hace insoportable. Marta no es una notificación. Marta tiene volumen, tiene sombras, tiene una mirada que exige una presencia que Laura ya no sabe cómo generar.

—Perdona —murmura Laura, desbloqueando el terminal—. Es solo un momento. Tengo que confirmar una recepción.

Cuando levanta la vista, Marta ya no la mira a ella. Observa la calle. Laura comprende que ha bajado la persiana de su relación. Ha optimizado la tarde sacrificando el vínculo.

Al llegar a casa, el silencio del piso le resulta hostil. Abre un cajón buscando un cargador y encuentra una caja de cartón olvidada. Dentro hay un escalímetro viejo y un cuaderno de bocetos de su primer año de carrera.

Al mismo tiempo, el móvil anuncia una entrada. Es una foto de su madre. Rescata la imagen de ella de niña rodeada de bloques y papeles emborronados. «¡Qué mona eras!», dice el texto. Laura, un poco melancólica, vuelve a la infancia, feliz, sin preocupaciones. Ella recuerda cómo jugaba con piezas de construcción o trazaba croquis de niña. Sin pantallas. El tiempo era eterno. Se queda unos segundos observando la foto al detalle, intentando parecerse a aquella niña inocente pero no se reconoce. No es importante, piensa de nuevo. Prosigue con el cuaderno viejo. Pasa las páginas. Son dibujos a mano alzada. Hay manchas de tinta, errores corregidos con tachones violentos, anotaciones en los márgenes sobre la luz de la mañana. Evoca el olor del grafito y la textura del papel de 90 gramos. En aquel entonces, el tiempo no era un recurso a optimizar; era un océano de posibilidades. Podía pasar cuatro horas analizando cómo caía la sombra sobre una columna sin sentir que estaba «perdiendo» el tiempo. Ahora, cada minuto debe ser monetizado o documentado, el tiempo es una rejilla de Excel donde cada celda debe estar ocupada. Si deja una celda vacía, siente que el edificio de su vida es ineficiente. Ahora, compara ese cuaderno con su galería de fotos actual. Cuatro mil imágenes de las que no recuerda el 90%. El cuaderno tiene peso, tiene huellas dactilares, tiene ADN. El móvil solo tiene metadatos. Se da cuenta de que ha sustituido la experiencia por el registro de la experiencia. Ha construido una vida con materiales biodegradables pensando que eran acero corten.

Esa misma noche, el insomnio vuelve a aparecer, no es una idea, es una geometría física. Se refugia en la luz blanca de la pantalla, el único sol que brilla a las tres de la mañana. Sus búsquedas son el rastro de un naufragio:

02:14 - *"cómo saber si tienes burnout"*
02:16 - *"síntomas de pérdida de memoria a corto plazo"*
2:45 - *"vuelos directos a cualquier sitio"*
02:57 - *"pueblos abandonados en el norte de España" (borra la búsqueda)*
02:59 - *"pueblos abandonados en el norte de España sin cobertura"*
03:10 - *"distribución de planta loft 40m2"*
03:22 - *"arquitectos que dejaron la profesión antes de los 30"*
03:38 - *"por qué no puedo dejar de coger el móvil"*
04:05 - *"cómo borrar una cuenta de iCloud permanente"*

El cursor parpadea. Laura siente que ella es esa barra vertical que aparece y desaparece. Un pulso. Una señal de espera. Un sistema que intenta cargar una página que ya no existe.

Busca soluciones en el mismo dispositivo que genera el problema. Es como intentar apagar el incendio con gasolina. Cada clic es una capa más de información que su cerebro, ya saturado, no sabe dónde archivar. El sistema está al 99% de capacidad de disco. El ventilador de su mente hace un ruido sordo, pero sus dedos siguen *scroleando* por inercia técnica.

A las 4:12, los ojos le escuecen y la nuca le late con un ritmo binario. Se obliga a cerrar una pestaña, pero abre tres más. Intenta procesar la información sobre el burnout, pero las letras bailan. Siente que, si suelta el teléfono, la estructura que sostiene su vida se vendrá abajo; que su valor depende de su capacidad para digerir todo ese ruido ella sola. «Tengo que poder con todo», se ordena, y el pensamiento pesa como un bloque de hormigón armado sobre el pecho.

De pronto, la pantalla emite un destello blanco. Un error crítico bloquea la navegación. No es el teléfono; es ella. El procesador interno se detiene en seco.

*STATUS: **Error 404 - Not found***
Motivo: Stack Overflow (Saturación)
*Bucle detectado: "**Tengo que poder con todo**".*
> > . . . Reintentando . . . > >
*Sugerencia de sistema: "**Puedo pedir ayuda**"*

Laura se queda inmóvil, con la luz azul bañándole la cara. «Pedir ayuda». La frase le parece un lenguaje extranjero, una debilidad en el cálculo de cargas. Pero el error persiste, parpadeando en la retina. Por primera vez en años, la idea de no ser el único pilar que sostiene el edificio no le parece un fallo de diseño, sino una salida de emergencia.

A las 5:23, en mitad de la madrugada, con el resplandor azul quemándole las pupilas, Laura hace algo inaudito. No borra su cuenta de iCloud ni compra el billete al pueblo sin cobertura. En lugar de eso, se queda mirando el teléfono como si fuera un material ensayado en laboratorio que acaba de alcanzar su límite de rotura. Como si sospechara que el problema no está en ella, sino en el entramado que la contiene.

Tras una hora intentando forzar el apagado, pero consiguiendo solo quedar en modo stand by, abre el cajón donde suele dejar el terminal. Lo mira. No lo toca. Solo lo observa con la frialdad de quien detecta un fallo de cálculo fatal en una maqueta. El dispositivo ya no es una herramienta; es un agente externo que amenaza la estabilidad del conjunto.

Pero la inercia es un material difícil de romper. Cierra el cajón. Se mete en la cama y se miente con la precisión de un informe oficial:

—Mañana organizo todo.

—Mañana optimizo.

—Mañana descanso mejor.

Pero el mañana ya está cargando. Y la barra de progreso no se detiene.

El domingo por la mañana se despierta más tarde de lo habitual. La luz entra por la rendija de la persiana y dibuja una línea horizontal sobre la pared. Durante unos segundos no sabe qué día es.

Busca el móvil en la mesilla. No está. Se incorpora. Lo encuentra en el suelo, boca abajo, con el cristal agrietado en una esquina. No recuerda haberlo tirado. Lo recoge.

La grieta atraviesa el cristal desde el borde superior hasta casi el centro. Es fina, apenas perceptible. Pero cuando lo enciende, la fractura interrumpe la nitidez de cada imagen. Divide los rostros. Parte las palabras. Es como una aberración cromática en el borde: un arco iris artificial que distorsiona la realidad. Es un error de representación que ninguna actualización de software puede parchear.

Pasa el dedo por encima. No duele. Pero la línea está ahí.

Piensa en el acueducto.

Piensa en la carbonatación.

Piensa en la degradación del hormigón.

Piensa en el límite elástico.

Y por primera vez no se pregunta cuánto tiempo de uso lleva. Se pregunta cuánto tiempo lleva así.

Deja el móvil sobre la mesa. No lo apaga. Pero tampoco lo desbloquea. Se queda mirándolo. Como si estuviera frente a una maqueta que sabe que tiene un fallo estructural. Y entiende algo simple. Si la grieta ya es visible por fuera, es porque lleva tiempo creciendo por dentro.

La grieta en el cristal no desaparece cuando apaga la pantalla. Permanece ahí, como una cicatriz fina, una línea de fractura que divide el reflejo de su rostro en dos mitades ligeramente desalineadas.

Se mira en ese reflejo partido. Durante unos segundos no reconoce cuál de las dos es más real.

Intenta encenderlo. La pantalla se ilumina. Funciona. Todo funciona. Las notificaciones siguen ahí, intactas, ordenadas, insistentes. Nada ha colapsado. Eso es lo inquietante.

Nada ha colapsado. Todo sigue en pie.

Como esos edificios que aparentan estabilidad hasta que un día, sin aviso, el hormigón se desprende en una esquina.

Desbloquea el teléfono. No para hacer nada. Solo para comprobar que puede hacerlo. Puede. Lo vuelve a bloquear.

Silencio.

Mira la hora en el microondas de la cocina. 11:07. No mira el móvil para confirmarlo. Se queda quieta. El tiempo existe fuera del dispositivo. Es una constatación absurda. Pero le produce un vértigo leve.

Camina hasta el escritorio. Abre el portátil. Busca el archivo:

CV_LauraMartin_2025_v5_revisado_FINAL.pdf. Lo abre por última vez en esta versión.

Lee su nombre.

Lee las competencias.

Lee la gestión del tiempo.

Lee la disponibilidad permanente.

El cursor parpadea al final del documento.

Añade una línea nueva. Sin formato. Sin bloque técnico. Sin ironía. Disponibilidad: finita.

Se queda mirando la palabra. Finita. No suena dramática. Suena exacta.

Es su forma de lanzar un mensaje de socorro maquettato en Arial 11 antes de que el sistema se apague por completo.

Guarda el documento. Esta vez sí. Cierra el portátil. Vuelve al teléfono. Lo sostiene en la mano unos segundos. Respira. Lo apaga. No en modo avión. No en silencio. Apagar. El panel se oscurece lentamente hasta convertirse en un rectángulo negro que ya no devuelve nada. Lo deja dentro del cajón. Cierra.

El sonido de la madera al encajar es más contundente de lo que esperaba.

Se queda de pie en medio del salón. No ocurre nada extraordinario: nadie aplaude, no hay música, solo una atmósfera extraña. Una zona sin señal.

Y por primera vez en meses, el silencio no pesa.

El silencio no es un vacío estructural.

Es una habitación aún sin amueblar.

Respira.

No sabe cuánto durará.

No sabe si lo encenderá en una hora.

No sabe si lo soportará.

Pero por primera vez no está reaccionando.

Está decidiendo.

Y esa diferencia es suficiente.

Negro

PARTE 4: FUERA DE COTAS

[11:24 AM] – Carga acumulada: 48% –

El primer minuto después de apagar el teléfono no ocurre nada. El segundo tampoco. Laura permanece de pie en el salón, esperando una reacción en cadena, una alarma sistémica, una consecuencia inmediata. Nada. El mundo no emite ningún informe de error. Se sienta en el sofá. Apoya las manos sobre las rodillas y nota un temblor leve en los dedos; es el retardo de una corriente eléctrica que llevaba años activa y que ahora busca tierra donde descargarse. Respira. El aire, por fin, no tiene notificaciones. No hay ruido de fondo. Mira alrededor y la luz que entra por la ventana parece tener más bits de información, una nitidez que no depende del brillo de un led.

Sonríe. Una sonrisa pequeña, técnica. Piensa: no era tan difícil. Abre la ventana y el ruido de Salamanca le llega sin filtros, imprevisible, real. Durante los primeros veinte minutos experimenta algo parecido a una victoria íntima. No se ha derrumbado ningún edificio. La vida continúa, aunque ella no la documente, y esa idea la atraviesa como una corriente de agua fría: el mundo sigue girando sin su permiso.

Pero el cuerpo tiene memoria de hardware. A los treinta y siete minutos exactos, –no sabe cómo lo sabe, pero lo sabe–, su mano ejecuta un comando automático y se desplaza hacia el bolsillo trasero del pantalón. No está. El vacío que encuentra la sobresalta. Localiza el dato. Cajón. Registro mental confirmado. El gesto se detiene en el aire. Se ríe de su propio reflejo absurdo mientras camina hacia la cocina, pero allí, esperando a que el agua hierva, escucha un sonido que no existe. Un zumbido breve. Una vibración fantasma sobre el granito de la encimera. Se gira. Nada parpadea. Es su sistema nervioso reproduciendo un patrón aprendido, un eco de datos en un dispositivo que se niega a quedar en reposo. El silencio ya no es una habitación vacía; es una frecuencia de radio sin sintonizar.

Decide salir a caminar. Sin auriculares. Sin mapa ni red de seguridad. Sin excusas. El trayecto hasta la Plaza Mayor le parece más largo de lo habitual. O, quizá, siempre fue así y ella lo comprimía. El tiempo no se evapora, se estira; recupera su densidad original. Las baldosas bajo sus pies tienen textura; nunca había notado cuántas están ligeramente desniveladas, cuántas piezas de granito han cedido al paso de los siglos. Se cruza con gente que mira hacia abajo, entregada al ángulo de inclinación de sus cervicales frente a la pantalla. Ella no. Por primera vez en años, no tiene nada que consultar. Y esa ausencia pesa más que el teléfono. Se siente desnuda, como si le faltara una prótesis de identidad.

A la hora y veinte minutos, la ansiedad se vuelve técnica. No en forma de drama. En forma de pregunta. *¿Y si alguien necesita algo? ¿Y si hay un correo urgente? ¿Y si el estudio necesita un dato? ¿Y si estoy perdiendo una oportunidad?* Esa palabra le golpea con la fuerza de un puntal mal colocado. Su carrera se ha construido sobre la idea de no perder ninguna. Pánico.

Su mente, acostumbrada a proyectar catástrofes de obra, lanza un análisis de riesgos automático.

Por un lado, el Escenario A: *¿Y si sale mal?* La lógica es aplastante: pérdida de clientes, erosión de la reputación, colapso del andamiaje profesional. Probabilidad: alta. Impacto: crítico. Pero entonces, su pensamiento, libre por primera vez del ruido de las notificaciones, se atreve a procesar una alternativa que nunca antes había superado el filtro de seguridad: el Escenario B.

¿Y si sale bien?

Carece de datos históricos para el cálculo; es una variable desconocida que el sistema ejecuta, por primera vez, en modo de prueba. El pánico no desaparece, pero se transforma en una curiosidad técnica. Se mira en un escaparate, reflejada entre maniqués, sin interfaz que medie, sin filtros. Solo ella.

Entonces surge un planteamiento todavía más incómodo: *¿Y si no está pasando nada importante?* Esa posibilidad es más aterradora que la catástrofe. Si no está pasando nada, su hiperconexión no era una herramienta de trabajo, sino un mecanismo de defensa contra el silencio. Quizá, simplemente, nunca estuvo pasando nada.

Se queda quieta frente al escaparate. El reflejo le devuelve una imagen que no reconoce, una estructura desprovista de sus revestimientos habituales, un alzado desnudo de toda cosmética profesional. Por primera vez, no hay un diagnóstico técnico que la salve. *«Estoy perdida»*, admite, y la frase resuena en su interior con la limpieza de un cristal roto.

Pero en el eco de esa confesión, algo cambia. La sentencia no queda suspendida como un fallo crítico o una sentencia de fracaso. Se transforma. Sin algoritmos, sin interfaces, el pensamiento se completa de forma orgánica, casi biológica, recuperando una escala humana que había olvidado.

«Me estoy encontrando».

No es una conclusión luminosa ni un alivio instantáneo; es un hecho físico, una toma de datos real. Para encontrarse, primero ha tenido que aceptar la desorientación absoluta, el vacío de coordenadas. Sigue sin prótesis digitales, sigue expuesta, pero el espacio frente al escaparate empieza a parecerse, por fin, a un solar disponible. Un lugar que, después de tanto tiempo, está listo para ser habitado.

[13:35 PM] – Carga acumulada: 22% –

Vuelve a casa antes de lo previsto, impulsada por una inercia que no es necesidad, sino gravedad. Se sienta en el suelo, apoyando la espalda contra la pared fría. No sabe estar sin estímulo. No sabe ser espacio en blanco. Siempre ha rellenado los intersticios de su vida con ruido blanco para no enfrentarse al vaciado desnudo. Las horas siguientes no traen revelaciones místicas, solo un aburrimiento denso y una tristeza leve que no tiene nombre; un duelo por la persona que creía ser. Se tumba en el sofá y mira el techo. Ya no está iluminado por el resplandor azul. Es solo yeso y pintura. Y eso la obliga a permanecer. El tiempo no corre. Camina.

[16:20 PM] – *Estado: Latente* –

El silencio de la tarde se vuelve físico, una presión en los oídos que no sabe cómo gestionar. Intenta leer un libro, pero sus ojos escanean las líneas buscando hipervínculos; su cerebro espera que, al pulsar una palabra, aparezca una definición o un hilo de comentarios. Al tercer párrafo, se rinde. La literatura no ofrece una recompensa inmediata de dopamina.

Se levanta y empieza a ordenar el estudio. Encuentra una caja de cartón con muestras de acabados que nunca llegó a devolver: restos de mármol, virutas de madera, una lámina de cobre oxidado deliberadamente que desprende un olor metálico y antiguo. Se sienta en el suelo y empieza a tocarlos. Cierra los ojos. Trata de identificar las texturas solo con la yema de los dedos, sin la mediación del brillo LED. Frío. Poroso. Rugoso. Filoso. Por primera vez en años, no está analizando el material para un cliente; lo está experimentando. Se da cuenta de que ha pasado años diseñando espacios que nunca se permitió habitar emocionalmente. Se queda ahí, rodeada de escombros técnicos, simplemente dejando que la tarde pierda intensidad. No hay barra de progreso. Solo el sol bajando por la pared de enfrente.

[19:45 PM] – *Aviso de sistema: Energía baja* –

El hambre aparece, pero no es el hambre funcional de un martes de oficina. Es una señal lenta. Decide cocinar algo que requiera tiempo. Sin seguir recetas en YouTube, sin cronometrar los pasos. Solo ella, el cuchillo y el sonido de la cebolla al cortarse. Es una tarea analógica, un proceso de transformación de materia que no se puede acelerar con un procesador más rápido. Mientras come, nota que el impulso de «capturar el encuadre» del plato todavía parpadea en su córtex cerebral como un nervio dañado. Sonríe con amargura. La comida sabe a lo que es, no a lo que representa en una red social.

[21:46 PM] – *Reinicio en curso* –

Por la noche, cuando el cuerpo se vuelve lento, siente una claridad sobria. El día ha tenido más horas porque las ha atravesado sin atajos. Piensa en la línea añadida al CV. Baja hasta el final. Lee la línea: Disponibilidad: finita. Por primera vez, la palabra no suena

a renuncia. Suena a límite. Y el límite no es fracaso; es estructura. Borra ambas líneas. El cursor parpadea sobre el blanco, esperando una sentencia profesional, pero ella escribe algo que rompe la maquetación, desborda las márgenes del documento:

- MANTENIMIENTO ESTRUCTURAL -

ESTADO ACTUAL

Obra en proceso. Estructura bajo observación.

Eliminando exceso de carga para evitar el colapso.

*Disponibilidad: Permanente Flexible Insostenible
Finita*

- EN REVISIÓN -

Guarda. Cierra la tapa. Se queda quieta divisando el cajón. No lo abre todavía, aunque sabe que acabará haciéndolo. Sabe que el móvil volverá a su mano. Pero comprende, con la nitidez de un plano recién trazado, que la grieta en el cristal ya no es un problema.

Y, entonces, la pregunta aparece sola, sin dramatismo, como una nota al margen en un proyecto de ejecución:

¿Y si lo importante nunca tuvo resolución de pantalla?

No necesita contestar. Por fin, tiene un buen diseño.

Silencio.

«Ninguna estructura es eterna; solo algunas tardan más en romperse».

Punto de Fuga

Elena Pérez Barco



Laura es una arquitecta de éxito cuya vida avanza con la precisión de un plano bien trazado. Su día a día transcurre en la intersección entre el diseño de vanguardia y la eficiencia digital. Entre proyectos, plazos y validaciones ha aprendido a optimizar su tiempo y a medir su valor en resultados.

Sin embargo, tras la fachada de productividad y las certificaciones invisibles, su realidad empieza a mostrar vicios ocultos: olvidos mínimos, conversaciones que no recuerda y una sensación persistente de estar siempre disponible pero nunca del todo presente. A través de una construcción narrativa organizada en fases técnicas, la novela explora la erosión silenciosa de una identidad sometida a carga constante, donde los vínculos humanos han sido sustituidos por registros de metadatos.

Cuando el ruido digital y la lógica de la productividad invaden cada espacio de su vida, Laura se enfrenta a una decisión mínima pero radical: decidir si habita los espacios que diseña o si se convierte en un simple píxel de una realidad que ya no reconoce. Es, en última instancia, una invitación a revisar los límites aceptados como naturales y a preguntarse qué significa realmente habitar el tiempo.